

charlando. Solonet y la señora Evangelista se miraban, conteniendo el uno su indiferencia y la otra una multitud de sentimientos irritados. Después de haberse entregado á inauditos remordimientos, después de haber considerado á Pablo como la causa de su improbidad, la viuda se había decidido á practicar vergonzosas maniobras para arrojar sobre él las faltas de su tutela, considerándole como su víctima. En un momento se había apercibido de que allí donde creía triunfar perecía, y la víctima era su propia hija. Culpable sin provecho, veía que había sido burlada por un anciano probo cuya estimación perdía. Las estipulaciones de maese Matías, ¿no habrían sido inspiradas por su conducta secreta? ¡Reflexión horrible! Matías había instruído á Pablo. Si Matías no había hablado aún, era indudable que, una vez firmado el contrato, aquel viejo zorro prevendría á su cliente de los peligros corridos y evitados ahora, aunque sólo fuese para recibir los elogios de que todo el mundo gusta. ¿No lo pondría en guardia contra una mujer bastante astuta para haber urdido aquella innoble conspiración? ¿No destruiría el imperio que ella había adquirido sobre su yerno? Las naturalezas débiles, una vez que han desconfiado, se mantienen firmes en el mal concepto que han formado de una persona y no lo pierden nunca. ¡Todo estaba perdido! El día en que empezó la discusión, había contado con la debilidad de Pablo y con la imposibilidad en que se encontraría éste de romper un casamiento tan adelantado. En este momento era ella la que se encontraba liada. Tres meses antes, Pablo tenía que vencer muy pocos obstáculos para romper su matrimonio, pero hoy sabía ya todo Burdeos que hacía dos meses que los notarios habían allanado las dificultades. Las proclamas estaban publicadas. El matrimonio tenía que celebrarse dos días después. Los amigos de las dos familias y toda la ciudad de Burdeos, ricamente engalanada, llegaban para la fiesta. ¿Cómo declarar que todo estaba aplazado? La causa de aquella ruptura se sabría, la severa probidad de maese Matías era digna de mayor fe, y á él escucharían con preferencia. Las pullas serían para las Evangelista, que eran tan envidiadas. ¡Precisaba, pues, ceder! Estas reflexiones, tan cruelmente justas, cayeron sobre la señora Evangelista como una tromba, y la aplanaron. Si guardó la seriedad propia de los diplomáticos, su barba experimentó ese movimiento nervioso con que Catalina II manifestó su có-

lera el día en que, sentada en su trono, ante su corte y en circunstancias casi semejantes, fué desafiada por el joven rey de Suecia. Solonet observó aquel movimiento de músculos que anunciaba la existencia de un odio mortal, tempestad sorda y sin rayos. En este momento, la señora Evangelista profesaba, en efecto, á su yerno, uno de esos odios insaciables, cuyo germen ha sido dejado por los árabes en la atmósfera de las dos Españas.

—Caballero—dijo hablándole al oído á su notario,—llamaba usted á esto un galimatías, y, sin embargo, me parece que nada es más claro.

—Señora, permítame usted...

—Caballero—dijo la viuda continuando sin escuchar á Solonet—si usted no conoció el efecto de estas estipulaciones cuando se celebró la primera conferencia, es muy raro que no haya usted pensado en ello después y lo haya meditado con calma. Supongo que no habrá sido por incapacidad.

El joven notario llevó á su cliente al saloncito diciéndose para sus adentros:

—Me corresponden mil escudos de honorarios por las cuentas de tutela, mil escudos por el contrato, seis mil francos por la venta del palacio: total, quince mil francos á ganar. No nos enfademos.

Y cerró la puerta; y dirigiendo á la señora Evangelista esa fría mirada propia de las gentes de negocios, y adivinando los sentimientos que la agitaban, le dijo:

—Señora, cuando yo he traspasado sin duda los límites de la cortesía, ¿cuenta usted pagar mi adhesión y trabajos con semejantes palabras?

—Pero, caballero...

—Señora, es verdad que no he calculado el efecto del contrato; pero si usted no quiere al conde Pablo por yerno, ¿quién le obliga á aceptarlo? ¿Está acaso firmado el contrato? Dé usted la fiesta y aplacemos la firma. Es preferible engañar á todo Burdeos que engañarse á sí propia.

—Y ¿cómo justificar á toda la sociedad, prevenida ya contra nosotras, la no conclusión del contrato?

—Un error cometido en París, la falta de algún documento—dijo Solonet.

—Pero ¿y las adquisiciones?

—Al señor de Manerville no le faltarán dotes ni partidos.

—Sí, él no perderá nada; pero nosotras lo perdemos todo.

—Si la razón suprema de este matrimonio es para ustedes el título, podrán ustedes obtener un conde más barato.

—No, no, nosotras no podemos jugar así con nuestro honor. Caballero, estoy cogida en el lazo. Mañana todo Burdeos hablará de esto. Además, se han cruzado ya palabras solemnes.

—¿Quiere usted que la señorita Natalia sea feliz?—repuso Solonet.

—Eso ante todo.

—Pues bien—dijo el notario;—en Francia, ser la dueña de la casa equivale á ser feliz, y su hija de usted hará lo que quiera de ese estúpido de Manerville, que es tan nulo, que ni siquiera se dará cuenta de ello. Si ahora desconfiaba de usted, creará siempre en su mujer. Y ¿no es usted su mujer? La suerte del conde Pablo está aún en vuestras manos.

—Caballero, si dijese usted la verdad, nada podría negarle—dijo la viuda llevada de una emoción que coloreó su mirada.

—Señora, entremos—dijo maese Solonet comprendiendo á su cliente;—pero escúcheme usted bien, y aunque le parezca inhábil mi conducta, déjeme.

—Querido colega—dijo al entrar el joven notario á maese Matías,—á pesar de su habilidad, no ha previsto usted el caso en que el señor de Manerville muriese sin hijos de ninguna clase, ni aquel en que muriese dejando únicamente hijas. En estos dos casos, el mayorazgo daría lugar á pleitos con los Manerville, y os digo como el poeta:

El caso pudiera presentarse, guardaos de dudarlo.

Creo, pues, necesario estipular que en el primer caso el mayorazgo sea considerado como bienes de ambos esposos, y que en el segundo la institución del mayorazgo caduque. Esta cláusula interesa únicamente á la futura esposa.

—Y me parece perfectamente justa—dijo Matías.—Respecto á la ratificación, si ésta fuese necesaria, ya se encargará de gestionarla el señor conde en la cancillería.

El joven notario tomó una pluma y anotó al margen del acta esa terrible cláusula, de la que Pablo y Natalia no hicieron caso alguno. La señora Evangelista cerró los ojos mientras que maese Matías la leía.

—Firmemos—dijo la madre.

El tono de voz de la señora Evangelista denotaba en

ella una violenta emoción. Acababa de decirse á sí propia:

—No, mi hija no se arruinará; pero él sí. Mi hija tendrá el nombre, el título y la fortuna. Si Natalia llegase á apercibirse algún día de que no ama á su marido, si amase en cambio á otro irresistiblemente, Pablo será desterrado de Francia, y mi hija será libre, feliz y rica.

Si maese Matías sabía analizar intereses, entendía en cambio muy poco del análisis de las pasiones humanas; aceptó aquella cláusula viendo en ella una lección motivada por su imprevisión, en lugar de ver una declaración de guerra. Mientras que Solonet y su pasante cuidaban de que Natalia firmase y rubricase todas las actas, operación que exigía algún tiempo, Matías llevó á Pablo aparte, y, bajo el alféizar de una ventana, le comunicó el secreto de las estipulaciones que él había inventado para salvarle de una ruina cierta.

—Tiene usted una hipoteca de ciento cincuenta mil francos sobre este palacio—le dijo al terminar.—En mi casa tengo el papel del Estado. Todo está en regla. Pero en el contrato figura la suma representada por los diamantes; pídale usted: los negocios son los negocios. Los diamantes están ahora en alza y mañana pueden bajar. La compra de los dominios de Auzac y de Saint-Froult le da á usted magnífica disculpa para reducirlo todo á dinero, á fin de no tocar las rentas de su mujer. Así es que, señor conde, nada de vergüenza. El primer pago puede exigirse después de las formalidades y, como es de doscientos mil francos, puede usted comprender en él los diamantes. Tendrá usted la hipoteca del palacio Evangelista como segundo pago. Si tiene usted valor para no gastar más de cuarenta mil francos durante los tres primeros años, recobrará los doscientos mil francos de que es ahora deudor. Si planta viñas en las partes montañosas de Saint-Froult podrá usted hacer que asciendan las rentas á veintiséis mil francos. El mayorazgo, sin contar el palacio de París, podrá dar algún día cincuenta mil francos de renta, siendo así uno de los más hermosos que yo conozco. Obrando de este modo, habrá usted hecho un excelente matrimonio.

Pablo estrechó afectuosamente la mano de su anciano amigo. Este detalle no pasó desapercibido para la señora Evangelista, que fué á presentar la pluma á Pablo. Para ella, sus sospechas se convirtieron en realidades, y, desde aquel

momento, creyó que Pablo y Matías estaban entendidos. Pensando esto, llegaban á su corazón oleadas de sangre llenas de rabia y de odio. El contrato quedó terminado y aprobado.

Después de haber mirado detenidamente si todas las actas estaban rubricadas y si los tres contratantes habían puesto bien sus iniciales y sus rúbricas en cada carilla, maese Matías miró sucesivamente á Pablo y á su suegra, y, viendo que su cliente no pedía los diamantes, dijo:

—Como ya forman ustedes una misma familia, supongo que la entrega de los diamantes no será necesaria.

—Sería más regular que la señora los entregase, toda vez que el señor de Manerville es en este momento responsable de los bienes de su futura mujer, y nadie tiene segura la vida—dijo maese Solonet, que creyó ver en esta circunstancia un medio de animar á la suegra contra el yerno.

—¡Ah! madre mía—dijo Pablo—obrar de ese modo sería injuriarnos á todos.—Caballero, *summum jus, summum injuria*—dijo á Solonet.

—Y yo—dijo la señora Evangelista que, llevada de su odio, consideró un insulto la petición indirecta de Matías—desgarro el contrato, si no los acepta usted.

Y salió animada de una de esas rabias que hacen desear el poder para destruirlo todo, y que la impotencia de hacerlo lleva á algunos hasta la locura.

—En nombre del cielo, tómelos usted, Pablo—le dijo Natalia al oído.—Mi madre está enfadada, esta tarde sabré yo por qué, os lo diré y la apaciguaremos.

La señora Evangelista empezó por conservar los pendientes y el collar, obrando con la peor fe del mundo y felicitándose á sí propia por ello. Entregó únicamente las alhajas que Elías Magus había tasado en ciento cincuenta mil francos. Como estaban acostumbrados á ver alhajas de familia en las herencias, Matías y Solonet examinaron los estuches y admiraron la belleza de las joyas.

—Señor conde, aseguro á usted que su futura lleva una dote hermosa—dijo Solonet haciendo enrojecer á Pablo.

—Sí—dijo Matías—estas alhajas pueden servir perfectamente para pagar el primer plazo de los dominios adquiridos.

—Y los gastos del contrato—dijo Solonet.

El odio, lo mismo que el amor, se alimenta de pequeñe-

ces. Así como la persona amada todo lo hace bien, la persona odiada todo lo hace mal. La señora Evangelista tachó de hipocresía la actitud que el pudor hizo tomar á Pablo, el cual quería dejar los diamantes, y no sabía cómo hacerlo, hasta el punto que, por su gusto, los hubiese tirado por la ventana. La señora Evangelista, viendo su embarazo, le intimaba con la mirada y parecía decirle:

—Lléveselos usted en seguida.

—Querida Natalia—dijo Pablo á su futura mujer,—cierre usted misma los estuches y guarde las alhajas; yo se las regalo.

Natalia las puso en el cajón de una consola. En este momento, el ruido de los coches era tan grande y el murmullo de las conversaciones de las personas que iban llegando era tan continuo, que obligó á Natalia y á su madre á comparecer. Los salones se llenaron en un momento, y la fiesta comenzó.

—Aprovéchese usted de la luna de miel para vender los diamantes—dijo al marcharse el anciano notario á Pablo.

Mientras esperaban que el baile empezase, todo el mundo se hablaba al oído de la boda, y algunas personas expresaban dudas sobre el porvenir de los dos enamorados.

—¿Está todo concluido?—preguntó uno de los personajes de la ciudad á la señora Evangelista.

—Hemos tenido que leer y que escuchar tantos documentos, que nos hemos retrasado un poco; pero me parece que la causa que ha motivado la demora nos disculpa—respondió la viuda.

—Por mi parte, no he oído nada—dijo Natalia tomando de la mano á Pablo para empezar el baile.

—Estos jóvenes son muy gastadores, y no será la madre quien los contenga—decía una viuda noble.

—Pero, según se dice, han formado un mayorazgo de cincuenta mil francos de renta.

—¡Bah!

—Bien se ve en eso la mano del señor Matías—dijo un magistrado.—De ser cierto, no hay duda alguna que el buen hombre ha querido asegurar el porvenir de esa familia.

—Natalia es demasiado hermosa para no ser terriblemente coqueta. Una vez que lleve dos años de matrimonio—decía una joven—no respondería yo de que Manerville no se viese atacado en su dignidad y sentimientos.

—¿Cree usted, pues, que ha de ponerse en ridículo la flor de la elegancia?—respondió maese Solonet.

—No le faltaba nada más que eso—dijo una joven.

—¿No les parece á ustedes que la señora Evangelista tiene cara de no estar contenta?

—Pero, querida mía, no veo en ello nada de particular, porque acabo de oír hace un momento que apenas le quedan veinte mil francos de renta, ¿y qué es para ella la tal cantidad?

—La miseria, eso es evidente.

—Sí, ha tenido que privarse de todo para su hija. El señor de Manerville ha sido muy exigente.

—¡Demasiado exigente!—dijo maese Solonet.—Pero será par de Francia. Los Maulincour y el señor de Pamiers lo protegerán; pertenece de lleno al arrabal Saint Germain.

—¡Oh! le reciben allí, y á eso queda reducido todo—dijo una señora que lo había deseado por yerno.

—La señorita Evangelista, la hija de un comerciante, seguramente que no le ha de abrir ninguna puerta.

—¡Es sobrina segunda del duque de Casa Real!

—Sí, por la línea femenina.

Todos los dichos cesaron bien pronto: los jugadores se pusieron á jugar, los jóvenes bailaron, se sirvió la cena, y el ruido de la fiesta cesó á la madrugada, en el momento en que los primeros rayos del día iluminaban los balcones. Después de haber dicho adiós á Pablo, que fué el último en marcharse, la señora Evangelista subió al dormitorio de su hija, pues el suyo había sido deshecho por el arquitecto para agrandar el teatro de la fiesta. Aunque Natalia y su madre estaban muertas de sueño, cuando quedaron solas, cambiaron algunas palabras.

—Vamos á ver, mamá querida, ¿qué tiene usted?

—Angel mío, esta noche he sabido hasta donde podía ir la ternura de una madre. Tú no entiendes de intereses é ignoras las sospechas á que ha estado expuesta mi probidad. En una palabra, que he tenido que comprimir mi orgullo, porque se trataba de tu dicha y de nuestra reputación.

—¿Se refiere usted á los diamantes? Si ha llorado por eso el pobre muchacho, y los tengo en mi poder porque él no los ha querido.

—Duerme, hija mía. Mañana hablaremos de esto, pues

tenemos que arreglar ciertos asuntos—dijo la viuda suspirando,—y ahora existe un tercero entre nosotras.

—¡Ah! mamá, Pablo no será nunca obstáculo para nuestra dicha—dijo Natalia al mismo tiempo que se quedaba dormida.

—Pobre hijita mía, no sabe que este hombre acaba de arruinarla.

La señora Evangelista empezó entonces á sentirse animada del primer pensamiento de esa avaricia que acaba por apoderarse siempre de la gente de edad. Quiso reconstituir en provecho de su hija toda la fortuna que le había dejado el señor Evangelista. Su amor propio la empeñaba á hacerlo, y, por otra parte, su amor por Natalia la hizo en un momento tan hábil calculadora como descuidada y gastadora había sido hasta entonces. Pensaba colocar su capital, sacándole los intereses más crecidos que le fuera posible. Una pasión cambia muchas veces, en un momento, el carácter: el indiscreto se hace diplomático, el cobarde pasa á ser de pronto valiente. El odio hizo nacer la avaricia en el alma de la derrochadora señora Evangelista. La fortuna podía servirle, además, para llevar á la práctica los proyectos de venganza que no estaban aún bien exterminados y que ella pensaba madurar. Se durmió diciéndose: «¡Hasta mañana!» Por un fenómeno inexplicable, pero cuyos efectos son conocidos por los pensadores, su alma, durante el sueño, tenía que trabajar sus ideas, iluminarlas, coordinarlas, sugerirle un medio para dominar la vida de Pablo y procurarle un plan que llevó á la práctica al día siguiente mismo.

Si el barullo de la fiesta había ahuyentado las preocupaciones que por momentos habían asaltado á Pablo, cuando se vió solo y en su lecho, éstas volvieron á atormentarle.

—Al parecer—se dijo—á no ser por el buen Matías, hubiera sido engañado por mi suegra. ¡Parece increíble! ¿Pero qué interés puede tener en engañarme? ¿No tenemos que reunir nuestras fortunas y vivir juntos? Pero, después de todo, ¿para qué estas preocupaciones? Dentro de algunos días Natalia será mi mujer, nuestros intereses estarán bien definidos y nada podrá desunirnos. ¡Adelante con los faroles! Sin embargo, estaré en guardia. Si Matías tuviese razón, ¡qué diablo! yo no estoy obligado á vivir con mi suegra.

En esta segunda batalla el porvenir de Pablo había cambiado sin que él lo supiese. De los dos seres con quienes se

casaba, el más hábil se había convertido en su enemigo capital, y meditaba ya el medio de llevar á cabo la separación de bienes. Incapaz de observar la diferencia que su carácter de criolla establecía entre su suegra y las demás mujeres, menos podría sospechar aún su profunda habilidad. La criolla es un ser especial, participa del carácter europeo por la inteligencia, de la naturaleza de los trópicos por la violencia ilógica de sus pasiones, de la de la India por la apática indiferencia con que practica ó sufre lo mismo el bien que el mal; por otra parte, resulta un ser simpático, pero peligroso como un niño mimado y consentido. Lo mismo que el niño, la mujer criolla quiere tenerlo todo inmediatamente; lo mismo que el niño, incendiaría una casa para cocer un huevo. En su vida apacible, no piensa en nada; pero piensa en todo cuando está apasionada. Tiene algo de la perfidia de los negros que han rodeado su cuna, pero es tan sencilla como sencillos son éstos. Como los negros y como los niños, sabe querer siempre una misma cosa con una creciente intensidad de deseo, y sabe empollar su idea para hacerla brotar. La señora Evangelista era una extraña mezcla de cualidades buenas y de defectos, que el genio español había corroborado y la cortesía francesa había cubierto con ese baño de frialdad que la caracteriza. Este carácter, adormecido por la dicha durante diez y seis años, y conocedor de su fuerza al sentir el primer odio, se despertaba como un incendio; estallaba en el momento de la vida en que la mujer pierde sus más queridas afecciones y quiere un nuevo elemento para alimentar la actividad que la devora. ¡Natalia quedaba aún durante tres días bajo la influencia de su madre! La señora Evangelista, vencida, podría aprovechar aún una jornada, la última que las hijas acostumbran á pasar en compañía de sus madres. Con una sola palabra, la criolla podía influir en la vida de aquellos dos seres destinados á marchar juntos á través de los zarzales y de los caminos de la sociedad parisiense, pues Natalia tenía en su madre una fe ciega. ¡Cuánta importancia tendría sin duda un consejo en un alma que tan ciegamente confiaba! Una frase podía determinar todo un porvenir. Ningún código, ninguna institución humana, puede prevenir los crímenes morales llevados á cabo con las palabras. Ahí está el defecto de la justicia social; ahí está la diferencia que existe entre las costumbres del gran mundo y entre las del pueblo; el uno es franco, el otro es hipócrita;

el uno emplea el cuchillo, el otro el veneno del lenguaje y de las ideas; al uno le espera la muerte, al otro la impunidad.

Al día siguiente, á eso del mediodía, la señora Evangelista se encontraba medio recostada en el borde de la cama de Natalia. A la hora del despertar, ambas se prodigaban á porfía mimos y caricias, reanudando los felices recuerdos de su vida solitaria, durante la cual ninguna discordia había turbado ni la armonía de sus sentimientos, ni la conveniencia de sus ideas, ni la mutualidad de sus placeres.

—¡Pobre hija mía!—decía la madre derramando abundantes lágrimas—no puedo menos de conmovirme al pensar que después de haberte mimado y de haberte dado gusto en todo, mañana vas á quedar bajo el dominio de un hombre á quien tendrás que obedecer.

—¡Oh! mamá, ¡eso de obedecer!...—dijo Natalia haciendo un movimiento de cabeza que denotaba su ánimo de resistirse á ello.—¿Se ríe usted? Pues qué, ¿mi padre no satisfizo siempre los caprichos de usted? y eso, ¿por qué? porque la amaba. Y ¿por qué no he de ser yo también amada?

—Sí, Pablo te quiere; pero si una mujer casada no tiene gran cuidado, nada hay que se disipe más pronto que el amor conyugal. La influencia que ha de tener una mujer sobre su marido, depende de la manera que tenga de debutar en el matrimonio, por lo cual tendrás necesidad de excelentes consejos.

—Pero usted estará con nosotros...

—Acaso, hija mía. Ayer, mientras vosotros bailábais, reflexionaba yo sobre los grandes peligros que podía ofrecer mi presencia en vuestra casa. Si esto te perjudicase, si los pequeños actos con que tienes tú que establecer lentamente tu autoridad de mujer, fuesen atribuidos á mi influencia, ¿no se convertiría tu casa en un infierno? Orgullosa como soy, la primera vez que tu marido me pusiese mala cara, me marcharía al instante de tu casa. Y para salir de ella un día, prefiero no entrar nunca. Jamás perdonaría á tu marido el que llegase á ser causa de nuestra desunión. Por eso prefiero esperar á que seas la dueña, y, cuando tu marido sea para ti lo que tu padre era para mí, no habrá que temer ese percance. Aunque esta política no sea propia de un corazón tierno y joven como el tuyo, no olvides que tu felicidad exige que seas en tu casa soberana absoluta.

—Mamá, ¿por qué me decía usted entonces que tenía que obedecerle?

—Hijita mía, para que una mujer mande, tiene que fingir siempre que obedece á su marido. Si no lo sabías, recuérdalo bien, porque el olvido de este precepto podría perjudicar á tu porvenir. Pablo es un joven débil, podría dejarse dominar por un amigo, ó acaso podría caer bajo el imperio de una mujer que te dejaría sentir su influencia. Prevé esos disgustos haciéndote dueña de él. ¿No vale más que lo gobiernes tú que ningún otro?

—Es claro—dijo Natalia.—Después de todo, yo no puedo querer nada que no contribuya á su dicha.

—Querida hija, como madre que soy, me está permitido pensar únicamente en ti, procurando que en un asunto tan grave no te encuentres sin brújula en medio de los escollos con que vas á tropezar.

—Pero, mamá, ¿no somos las dos bastante fuertes para permanecer juntas á su lado sin temor á esos enfados suyos que usted parece temer? Además, yo sé, mamá, que Pablo la quiere á usted.

—¡Oh! ¡oh! me teme más de lo que me quiere. Obsérvale bien hoy cuando yo le diga que os dejo ir á París sin mí, y, por mucho que procure disimularlo, verás como su rostro deja traslucir su alegría interior.

—¿Por qué?—preguntó Natalia.

—¿Por qué, hija mía? Yo soy como san Juan Boca-de-Oro, y se lo diré á él mismo y en tu presencia.

—¿Y si yo me casase con la condición de que no había de separarse usted de nosotros?—dijo Natalia.

—Nuestra separación es necesaria por muchas causas—repuso la señora Evangelista.—Yo estoy arruinada. A vosotros os espera en París una brillante existencia, y yo no sabría permanecer á vuestro lado sin comerme lo poco que me queda; mientras que viviendo en Lanstrac, velaré por vuestros intereses y reharé mi fortuna á fuerza de economías.

—¿Hacer usted economías, mamá?—exclamó burlonamente Natalia.—Vamos, no se convierta ya en abuela. ¡Cómo! ¿va usted á dejarme por semejantes motivos? Querida mamá, Pablo podrá parecerle á usted un poco tonto, pero créame que de interesado no tiene nada.

—¡Ah!—respondió la señora Evangelista con un tono de voz triste que hizo palpar á Natalia—la discusión del con-

trato me ha hecho desconfiada y me inspira algunas dudas. Pero no te apures, hijita mía—dijo cogiendo la cabeza de Natalia y aproximándola á sus labios para besarla,—no te dejaré mucho tiempo sola. Cuando mi presencia entre vosotros no inspire temor alguno, cuando Pablo me haya juzgado, reanudaremos nuestra antigua vida y nuestras caricias.

—¡Cómo! mamá, ¿podrá usted vivir sin su Natalia?

—Sí, ángel mio, porque viviré para ti. Mi corazón de madre estará satisfecho con la idea de que contribuyo, como debo, á vuestra doble felicidad.

—Pero, mamita, ¿va usted á dejarme sola con Pablo, así, de repente? ¿Qué va á ser de mí? ¿Cómo me las arreglaré? ¿Cómo sabré cuando debo hacer una cosa y cuando debo no hacerla?

—Tontuela, ¿crees que voy á dejarte abandonada? Nos escribiremos tres veces por semana como dos enamorados, y de este modo nuestro corazón estará continua y mutuamente descubierto. No te sucederá nada que yo no sepa, y prevendré cualquier desgracia que pudiera ocurrirte. Además, sería ridículo que no fuese á veros alguna vez, y, por lo tanto, pasaré dos ó tres meses con vosotros en París.

—¡Sola! ¡sola y con él!—dijo Natalia con terror interrumpiendo á su madre.

—No hay más remedio; ¿no vas á ser su mujer?

—Ya lo veo, pero al menos dígame usted cómo debo conducirme, usted que hacía todo lo que quería de mi padre y que entiende de estas cosas, y la obedeceré ciegamente.

La señora Evangelista besó á Natalia en la frente; deseaba y esperaba esta súplica.

—Niña, mis consejos tienen que adaptarse á las circunstancias. Los hombres no se parecen unos á otros. Moralmente hablando, el león y la rana tienen más semejanza que dos hombres entre sí. ¿Sé yo acaso hoy lo que te ocurrirá mañana? Ahora no puedo darte más que consejos sobre la marcha general de tu conducta.

—Mamá, dígame usted en seguida lo que crea más conveniente.

—En primer lugar, querida hija, la causa de la desgracia de las mujeres casadas que quieren conservar el corazón de los maridos... y—dijo haciendo un paréntesis—conservar su corazón ó gobernarlos, es una misma cosa; pues bien, la causa principal de las desuniones conyugales estriba en una

cohesión constante que no existió en otro tiempo, y que se ha introducido en este país con la manía de la familia. Desde la revolución que se hizo en Francia, las costumbres de la clase media se han introducido en las casas aristocráticas. Esta desgracia es debida á uno de los escritores que figuraron en aquella época, á Rousseau, hereje infame que no ha tenido mas que pensamientos antisociales y que, no sé cómo, ha justificado las cosas más injustas. Ha sostenido que todas las mujeres tenían los mismos derechos y las mismas facultades; como si la mujer de un grande de España, como si tú y youviésemos nada de común con una mujer del pueblo. Desde entonces, las mujeres del gran mundo han amantado á sus hijos, los han educado y han permanecido sujetas á los cuidados de la casa. De esta manera la vida se ha complicado de tal modo, que la dicha se ha hecho casi imposible, pues una semejanza de caracteres como los nuestros, que nos permite vivir juntas como dos amigas, es una excepción. El contacto perpetuo no es menos peligroso entre los hijos y los padres de lo que es entre los esposos. Existen pocas almas cuyo amor sepa resistir á la omnipresencia: este milagro sólo pertenece á Dios. Pon, pues, entre Pablo y tú las barreras del mundo, vete al baile, á la ópera; pásate por la mañana, come fuera de casa por la tarde, haz muchas visitas y concédele pocos momentos. Siguiendo ese sistema, no perderás nunca el mérito que tienes para él. Cuando, para atravesar la existencia, dos seres no tienen más que el amor, se agotan muy pronto los recursos, y la indiferencia, la saciedad y el fastidio se apoderan de uno. Una vez marchito el amor, ¿qué tiene que ocurrir? Ten entendido que cuando el afecto se extingue, sólo puede ser reemplazado por la indiferencia ó por el desprecio. Sé, pues, siempre joven y siempre nueva para él. Que él te aburra, podrá ocurrir; pero tú no le aburras nunca á él. Saber aburrirse á propósito es una de las condiciones de toda especie de poder. Vosotros no tenéis que ocuparos ni de los cuidados de la fortuna ni de las ocupaciones de la casa; si tú le hicieses, pues, participar á tu marido de tus ocupaciones mundanas, si no lo divirtieses, llegarías á la más terrible atonía. Ahí empieza el *spleen* del amor. Cuando una persona nos divierte ó nos hace feliz, le amamos siempre. Dar la dicha ó recibirla son dos sistemas de conducta femenina separados por un abismo.

—Mamá querida, la escucho á usted, pero no la comprendo.

—Si tú amas á Pablo hasta el punto de hacer todo lo que él quiera, si él te hace verdaderamente feliz, no hay nada que decir, nunca serás la dueña, y los mejores consejos del mundo no servirán de nada.

—Eso ya es más claro, pero aprendo la regla sin poder aplicarla—dijo Natalia riéndose.—Tengo la teoría; la práctica ya vendrá.

—Pobre nena mía—repuso la madre que derramó una lágrima sincera al pensar en el casamiento de su hija, á quien estrechó contra su corazón,—ya te ocurrirán cosas que te harán recordar mis consejos. En fin—repuso después de una pausa durante la cual madre é hija permanecieron unidas por estrecho abrazo lleno de simpatía—sábelo bien, Natalia mía, las mujeres tenemos nuestro destino como los hombres tienen su vocación. Tal mujer ha nacido para ser mujer á la moda ó encantadora dueña de su casa, como tal hombre ha nacido para general ó para poeta. Tu vocación es agradar. Por otra parte, tu educación te ha formado para el mundo. Hoy las mujeres tienen que ser educadas para figurar en los salones, como lo eran antiguamente las mujeres griegas para dedicarse á los cuidados de la casa. Tú no has nacido ni para ser madre de familia, ni para convertirte en administradora. Si tienes hijos, espero que no será á raíz de tu matrimonio, pues no encuentro nada más vulgar que ver una mujer embarazada un mes después del matrimonio, lo cual prueba, por otra parte, que el marido no la quiere bien. Si tienes, pues, hijos dos ó tres años después de casarte, las ayas y los preceptores se encargarán de educarlos. Tú sé siempre la gran señora que representa el lujo y el placer de la casa; pero sé únicamente de superioridad visible en las cosas que halagan el amor propio de los hombres, y oculta la superioridad que hayas podido adquirir sobre los grandes.

—Mamá, me asusta usted—exclamó Natalia.—¿Cómo me voy á acordar de todos esos preceptos? ¿Cómo voy á hacer yo, tan aturdida y tan niña, para calcularlo todo y para reflexionar antes de obrar?

—Hija mía, no te digo hoy nada más que lo que has de aprender tú misma más tarde; pero adquiriendo la experiencia á costa de faltas crueles y de errores en tu conducta,